



LA MUJER DE LA

Publicamos, en esta oportunidad y con ocasión de haber celebrado el día internacional de la mujer el pasado mes de marzo, parte del trabajo realizado por Ana María Rizzante Gallazzi y su compañero Sandro Gallazzi, quien nos acompañó en el Curso-Taller Tiempo Latinoamericano 91. Ambos son biblistas y trabajan animando la lucha de los sin-tierra en Macapá, al Nordeste de Brasil. Hemos traducido de su obra "Mujer: Fe en la Vida" lo referido al estudio que realizaron sobre la opresión de la mujer en el mercado. En la primera parte de este trabajo están presentes los mecanismos por los cuales se dió la marginación de la mujer a partir de la reorganización de la comunidad judaica, alrededor del Segundo Templo, después del cautiverio de Babilonia. En la segunda parte vemos la resistencia y alternativas que las mujeres fueron descubriendo contra esta opresión.

EL MERCADO Y LA MUJER

"Libres" para el mercado

Sólo había una forma de que las mujeres escaparan un poco de su condición de oprimidas: ¡quedar embarazadas!. Mientras duraba la gravidez, ellas estaban puras. Pero, caían en una nueva explotación, pues era eso mismo lo que el Mercado quería: hijos, mano de obra, fuerza de trabajo!. El llamado Helenismo era, sobre todo, un nuevo modo de producción. El mundo griego, que de a poco se va imponiendo, más que en las tierras, está interesado en controlar las aguas, los mares, las vías de comunicación, por donde pasa el comercio. Es el comercio internacional que se fortalece y se convierte en productor de riqueza. Este mercado no es mas controlado exclusivamente por el Estado, por el Palacio, sino que se vuelve cada vez más fuerte la presencia "democrática" de las Ciudades Libres. ¿Libres para hacer qué?. Esencialmente, para comprar y vender! Toda ciudad libre, todo hombre libre es Mercado. Es significativo notar como la "Polis", la ciudad griega, nace a orillas del mar, como puerto, o a lo largo de las cadenas comerciales. Esta nueva manera de encarar el mercado, tiene sus consecuencias: aumenta increíblemente el número de consumidores, lo que exige aumento de la producción. Por eso, paralelamente a la modificación del mercado, nace un nuevo modo de producción: El Latifundio Esclavista. Sólo el latifundio esclavista es capaz de atender a la voluntad mercantilista de las ciudades griegas. La primera consecuencia de eso es que la mano de obra esclava para la producción necesita aumentar. El propio comercio de esclavos se convierte en altamente lucrativo (1 Macabeos 3,41).

Mujeres Reproductoras para el Mercado

¿Quién crea la mano de obra? ¡Claro que son las mujeres!. En la sociedad más antigua, cuando el pueblo era dueño de su trabajo y de su producción, el ritmo de las gestaciones era basado en el tamaño del campo y del trabajo de cada uno. Ahora, este ritmo debe ser acelerado, debe responder a las exigencias de los tributos y del mercado. La mujer sufre entonces una desapropiación, tal vez más violenta: la de su propio cuerpo, la de su vientre. Si de un lado, embarazada, ella puede "escapar", durante nueve meses, de la situación de "impureza", y evitar el tributo al Templo, por otro lado, el hijo que nace es para el mercado. Su gravidez no le pertenece, ni a la familia, ni al pueblo, sino que responde a las exigencias económicas de un mercado cada vez más explotador y expoliador.

La mujer es así reducida a objeto, para servir a las exigencias del mercado. El comercio está en primer lugar. Para eso, se necesita cada vez más de gente. Gente para trabajar y gente para ser comercializada. Ligado a eso, se desarrolla una forma más de sumisión de la mujer. En esta época, comenzarán a ser exaltados, en el mundo helenista, tanto como en el mundo judaico (económicamente vinculado al helenismo), los valores de la familia, de la casa, de la mujer, esencialmente encargada como esposa y madre, pero al servicio del hombre.

LA MUJER CONTRA LA OPRESION DEL MERCADO

El mercado, el sistema, sobre todo el griego, de explotación y enriquecimiento económico, a través del latifundio esclavo

A FAVOR VIDA

vista, exigía de la mujer una acelerada reproducción de mano de obra. La respuesta a esta opresión - en la Biblia - está presente en las narraciones sobre las mujeres de esta época. Una característica común a ellas es que son muy bonitas. Pero existe otra: ¡Ellas no tienen hijos! La Sulamita, Ester, no tienen hijos.

Lo que antiguamente era causa de tristeza y humillación para las mujeres, ahora, no lo es más. Ellas no tienen hijos y no hacen nada por tenerlos! ¡No es por la gestación de hijos que viene la Bendición!

Ruth tiene un hijo, pero no es para ella, ni para el mercado. Es para el pueblo, para Noemí "consolador y apoyo en la vejez... pues la que lo generó es tu nuera, que te ama y que vale, para ti, más que siete hijos" (Rt. 4,15). El hijo de Ruth es un hijo simbólico para la vida del pueblo. Es el "esclavo" (Obed), pero no del latifundio mercantilista y sí de la mujer, ¡del pueblo!

Al mismo tiempo, estas mujeres son madres del "pueblo". Judith habla de "mis" humildes, de mis débiles, de "mis"... (Jt 16,11). Ester intercede para la felicidad de "mi pueblo", de "mi casa" (Est 7,3s;86).

Frente al proyecto opresor imperialista, el libro de Ruth habla del derecho del pueblo a la tierra, al pan, a la vida. "Cantares" habla de un amor que sólo se consigue realizar en el campo, la tierra libre, la tierra de los pastores. En la ciudad este amor es imposible: las amenazas de los soldados, los deseos del rey, las trancas en las puertas impiden el encuentro con el amado. La búsqueda desesperada no tiene respuesta en la ciudad. En el campo sí, se da el encuentro, la alegría, la fiesta, el amor!

Qohelet (Eclesiastés) también nos parece

interesante en este contexto de resistencia al mercado y a la explotación. Qohelet es palabra femenina, participio del verbo Qahal: "la" rogadora, o tal vez, mejor, "la" convocada. Masculinizado después, este nombre conservó su raíz femenina en 7,27. Creemos tener aquí, a partir de la cocina, lugar de las mujeres, donde se esgrime la panera vacía del pueblo pobre, la respuesta a toda estructura opresiva del imperio, apoyada por la ideología oficial de la sinagoga-Asamblea (¿de la Qahal?).

Qohelet afirma la necesidad del pueblo de poder aprovechar de sus "obras" (Ecl 3,22), pues no alienta trabajar en vano, para que otro se haga rico. No hay otra felicidad que no sea "comer, beber, gozar del bienestar, fruto de su trabajo. Noté que eso venía de Dios" (Ecl 2,24). Este es el criterio más simple de justicia, de sabiduría, de felicidad, de trabajo, de placer. Todo sirve si la panera está llena. Sin eso, todo es humo, ilusión, vanidad! En este sentido, la novela de Judith tiene un hecho interesante. La derrota del enemigo, la muerte de Olofernes, no significó solamente la liberación del pueblo, no solamente el retorno al Templo. Significó también el retorno de la riqueza del

pueblo. Las riquezas de Olofernes pasan a ser de Judith: "Ella las colocó en sus mulas, arrió sus carretas y en ellas amontonó la carga" (Jt 15,11). Estas palabras cargadas de "comercio" muestran que el pueblo, y no los poderosos, deben controlar las riquezas. Todo esto que Judith recibió será "consagrado en anatema al Señor" (Jt 16,19). No puede ser del rey, así como no puede servir para enriquecer a nadie, a costilla de los otros. La posesión de la tierra, la liberación de los esclavos, el compartir los bienes, son la propuesta económica del libro de Judith, después de la derrota del opresor. ¡Son las condiciones para que el pueblo tenga paz! (Jt 16,21-25). Guardada y transmitida por las mujeres, la memoria de una sociedad igualitaria siempre anidó en el corazón del pueblo de la tierra y llegará a animar la lucha de los Macabeos contra el imperialismo griego y contra el judaísmo opresivo y legalista. La mujer se contrapone, así, al mercado, a partir de su condición de mujer, negándose a ser productora, imponiéndose, lo mismo sin hijos, como instrumento de salvación y liberación. Su vientre estéril, lejos de ser una humillación, es la respuesta más violenta al mercado que cambiaba y vendía vidas; que explotaba en función del comercio. La mujer sin hijos es la forma de resistencia silenciosa y fuerte para oponerse a ese sistema. También aquí, como vimos antes, la mujer entiende todo eso a partir de su cuerpo. Un cuerpo que el Templo quería "impuro" y que el mercado quería reproductor. Ella se reapropia de su identidad y con su "esterilidad" asumida ¡grita fuerte contra la explotación!

